

dirse, y una vez rendido te aseguro que el hombre ó la mujer que te escuchare cederá al impulso del corazón. No debo cansarme de repetirte una y mil veces, que con todos los conocimientos que ya posees, y más que pudieras alcanzar con el tiempo, y con todo el mérito que un hombre pueda tener, si no te insinúas con gracia, si careces de modales nobles y atractivos, así como de aire preventivo y de cierto grado de elocuencia en tus discursos y escritos, no sólo no serás nada, sino que tendrás la diaria mortificación de ver gentes, que no poseen la décima parte de tus conocimientos ni de tu mérito, cogerte la delantera y cubrirte de vergüenza, tanto en la sociedad como en los negocios.

Ya has leído á Quintiliano, el mejor consejero para formar un orador; te encargo que leas ahora el tratado de Cicerón de *Oratore*, el mejor libro que yo conozco para acabar de perfeccionarlo. Traduce y revierte de nuevo en latín, griego é inglés; fórmate, en tu propio idioma, un estilo puro y elegante, para lo cual sólo se necesita aplicación. No veo yo señales de que hayas nacido poeta, y me alegro mucho de ello; pero, por amor de Dios, empuñate en llegar á ser buen orador, pues que está en tu mano. Aunque continúo tratándote como niño, ya no te considero tal; y cuando me pongo á pensar en los extraordinarios cuidados que se han tenido de tu educación, espero que producirás más frutos á los diez y ocho años, que otros de educación descuidada á los treinta.

---

LONDRES, 26 de Noviembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Mientras floreció la república romana, mientras se anduvo en pos de la gloria y se practicó la virtud, y cuando no obstante, las faltas ligeras y otras irregularidades pequeñas escapaban á la ley sin que fuesen por eso vistas con indiferencia por la solicitud pública, se establecieron censores para suplir en casos particulares los defectos inevitables de las leyes que sólo pueden y deben ser generales. Yo me arrogo este empleo por lo que hace á tu pequeña república, dejando enteramente el poder legislativo en manos de M. Harte. Espero, ¡qué digo! *creo*, que rara vez, ó nunca, tendrá ocasión de ejercer su suprema autoridad; y de ninguna manera sospecho en ti faltas que puedan requerir su intervención. Pero hablando la pura verdad, soy de parecer que

mi poder censorio no será inútil para ti ni descansado para mí; y mientras más pronto me relevares de la necesidad de este encargo mejor nos hallaremos ambos. Por ahora sólo puedo desempeñarlo por oídas, ó cuando más por pruebas escritas, y esto me hará ejercerlo con mucha lenidad y alguna desconfianza; pero cuando llegáremos á vernos y pudiere yo formar mi juicio sobre evidencia ocular y auricular, seré tan rígido como Catón mi predecesor, y no dejaré pasar sin censura la más ligera mancha ó defectuosidad. Te examinaré con toda la atención de un crítico y no con la parcialidad de un autor; y siguiendo una marcha opuesta á la de la mayor parte de los críticos, buscaré las faltas para corregirlas y no para complacerme en ponerlas de manifiesto. Á menudo he creído, y creo aún, que hay pocas cosas que las gentes en general conozcan menos que el cómo deben amar y cómo aborrecer. Por lo común hacen daño á las personas que aman mostrando por sus defectos una indulgencia ciega, y aun considerándolos á veces con parcialidad. Si aborrecen se perjudican á sí mismas por su cólera ó su furor extremados. Felizmente para ti, nunca te he querido de una manera tan ridícula; desde tu infancia te he considerado como objeto de mi seria atención y no como mi juguete. Consulto tu bien real y no tus humores ó fantasías; y continuaré obrando del mismo modo mientras fuere necesario, y lo será probablemente mientras viviéremos ambos; porque considerando la diferencia de nuestras edades con arreglo al curso de la naturaleza, apenas habrás adquirido bastante experiencia de tu propio fondo, cuando cesará mi facultad de prestarte una parte de la mía. Los hombres en general, soportan con más calma que se les hable de sus vicios ó de sus crímenes, que de sus debilidades ó de sus deslices; y en cierto modo excusan y justifican (á lo menos así se lo imaginan) los primeros, con la impetuosidad de las pasiones y la seducción y las arterías de los demás; pero cuando se trata de oír censurar sus pequeños defectos ó de convenir en sus debilidades, es cosa que implica una pequeñez de alma de lo más mortificante para aquel amor propio y aquella vanidad inseparables de nuestra naturaleza. Yo he tenido amistad bastante estrecha con varios sujetos para manifestarles que habían dicho ó hecho cosas muy criminales; pero nunca he tenido suficiente intimidad con nadie para insinuarle seriamente que había dicho ó hecho una tontería. La clase de parentesco que media entre nosotros, es quizá la cosa que menos puede autorizar tal libertad; pero por fortuna tuya, mis dere-



chos de padre unidos á mi cargo de censor, me dan un poder pleno, y mi amor á ti me impele á ejercerlo. Alégrate pues, de que hay en el mundo una persona que puede y quiere manifestarte cosas en que se interesa tu propio bien, y sobre las cuales nadie en el mundo podría ni querría hablarte. Está cierto de que cuanto te dijere yo sobre esta materia, no puede tener más origen que tu felicidad. Yo no puedo tener celo de tu reputación ó de tu fortuna, cosas que deseo promover, y aun mi vanidad se halla interesada en verlas establecidas. Tampoco puedo ser tu rival en amor ni empleos; al contrario, necesito que los rayos de tu sol naciente reflejen nueva luz sobre los últimos años de mi vida. En consecuencia, te analizaré con la mayor escrupulosidad y te censuraré libremente, á fin de que, si es posible, no se vea en ti ninguna mancha cuando brillares en tu meridiano.

No sé yo que haya nada de más temible para un joven que principia á dejarse ver en el mundo, y por consiguiente, que deba evitar con más empeño, que el caer en ridículo, porque tal cosa le degrada á los ojos de las personas más sensatas y le arruina enteramente en la opinión de todo el mundo. Yo he conocido varias personas que han perdido su reputación por haber adquirido un sobrenombre risible; y por todo el oro del mundo no querría yo que tú adquirieses uno á tu regreso á Inglaterra. Los vicios y los crímenes excitan el odio y los improperios, pero los deslices, las debilidades y las torpezas engendran la burla; los remedadores y los bufones, aunque muy despreciables en sí mismos, se apoderan de estas faltas y fijan á menudo el ridículo sobre personas mil veces superiores á ellos. Los menores defectos en las maneras, en la pronunciación, en los ademanes, en el aire, y aun en la figura aunque injustamente, atraen la mofa y ocasionan apodos y sobrenombres. No puedes figurarte qué pesadumbre sería para mí y el perjuicio que te haría, si para distinguirte de otros que tienen tu mismo nombre, se te llamase Stanhope el *gruñón*, el *malcriado*, el *distraído* ó bien el *tosco*, el *patizambo* Stanhope. Trata pues, con todo esmero, de impedir que los bufones puedan imponerte apodos de esta especie, porque si llegas á merecer alguno, se te pegará como la túnica envenenada (a). Desde el primer día que nos viéremos me hallaré en estado de poder decirte (y lo haré ciertamente) el grado de peligro que

(a) Alusión, sin duda, á la camisa ensangrentada que según la fábula envió á Hércules la celosa Deyanira. Tr.

corres; y espero que mis avisos como censor prevendrán la censura del público. Los avisos son siempre útiles; ¿cres que el presente deje de serlo? tú eres el mejor juez. Ahí te mando un retrato tuyo hecho á petición mía por una dama de Venecia: te pido que me digas con toda verdad hasta qué punto lo encuentras semejante, porque hay en él varios rasgos que desearía yo fuesen exactos, y otros que sentiría mucho encontrar en el original. Te envío copia á la letra del párrafo que te concierne, tomado de la carta que la mencionada dama dirige á uno de sus amigos. Á Dios.

*Copia del párrafo citado.*

« Obedeciendo las órdenes de Vd. he examinado cuidadosamente al joven Stanhope y me parece que lo he penetrado bien. » En seguida hago un retrato suyo que tengo por muy exacto: Su rostro es agradable, su aire vivo y sus miradas inteligentes: su cuerpo es cargado en exceso, pero si crece, como es de esperar de su contestura y años, llegará á tomar la forma y tamaño convenientes. Posee sin duda, un fondo muy regular de conocimientos, y se me ha asegurado que sabe perfectamente los idiomas muertos. Por lo que hace al francés yo misma conozco que lo habla muy bien, y se me dice que lo mismo es respecto del alemán. Las preguntas que hace son sensatas, y denotan sed de conocimientos. No diré á Vd. que trata de agradar con el mismo empeño, porque parece que descuida las atenciones y las gracias: se presenta mal y carece de aquel aire y de aquellos modales nobles y desembarazados que le caerían tan bien; cierto es que todavía es joven y nuevo, y por lo tanto, puede uno esperar con fundamento que sus ejercicios, que aún no concluye, y la buena compañía en que aún es novicio, lo despercudirán y le darán todo lo que ahora le falta..... Finalmente, me atrevo á asegurar que posee todo lo que el Señor de Chesterfield podría desearle, excepto las maneras, las gracias y el tono de la buena compañía, cosas que probablemente adquirirá con el tiempo y la práctica del gran mundo. Sería gran lástima que así no fuese, visto que merece tanto poseerlas; y Vd. sabe muy bien lo importantes que son. El Señor su padre también lo conoce pues que él mismo las posee. En una palabra, si este jovencito adquiere las gracias, salgo garante de que irá lejos; pero si no es así, cortará la hermosa carrera que en el primer caso podría llevarle á los más altos honores. »



Por este extracto ves de qué importancia son para todo el mundo las cosas que te recomiendo, y espero que cesarás de mirarlas como bagatelas. Es propio del carácter de todo hombre de talento, despreciar los detalles pequeños en materias de importancia; pero al mismo tiempo su capacidad le hace distinguir perfectamente las cosas importantes de las que no lo son, y no mira como frívola una cosa porque se le da el nombre de tal, sino que juzga de ella por las consecuencias más ó menos serias que puede tener. Si, como es indudable, importa muchísimo ganar el afecto de los hombres é interesar sus corazones en nuestro favor, el hombre de talento sabe muy bien que aquellas prendas llamadas corrientemente *bagatelas*, como maneras, garbo, destreza, gracia etc. son de la mayor importancia y no descansa hasta no haberlas adquirido. El mundo se guía por la exterioridad de las cosas, y debemos tomar al mundo tal cual es; ni tú ni yo podemos corregirlo. Conozco actualmente cierto sujeto de alta condición en un puesto eminente que no tiene la capacidad de un ganapán, pero que se elevó al puesto que ocupa, únicamente por su figura amable, sus maneras pulidas y su seductora destreza, prendas que sólo adquirió por costumbre, porque no tiene bastante buen sentido para habérselas procurado por reflexión. El buen sentido y la costumbre contribuirán á perfeccionarte; tienes oportunidad de frecuentar la buena sociedad, y la reflexión sólo depende de ti.

---

LONDRES, 5 de Diciembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Aquellos que suponen que la mayoría de los hombres obra racionalmente porque son llamados seres racionales, conocen muy poco el mundo; y si fundan sus cálculos sobre tal suposición, nueve entre diez veces se engañarán groseramente. Convento muy bien en que el hombre es un *animal bipes, implume, risible*; pero en cuanto á la calidad de *racional* sólo puedo concedérsela *in actu primo*, como dicen los lógicos, pero muy rara vez *in actu secundo* (a). Un pensativo pedante encerrado en su gabinete, forma

---

(a) Los que al hombre definían  
Ente que sabe reir,

sistemas tomando las cosas como deberían ser, no como realmente son; y escribe de una manera tan decisiva y absurda sobre la guerra, la política, los caracteres y las maneras, como aquel sabihondo hablador que se dignó instruir á Anibal en el arte de la guerra. Estos políticos de gabinete nunca dejan de señalar gravísimos motivos á las acciones más frívolas, en vez de atribuir á menudo los mayores acontecimientos á las causas más ligeras y así cometerían menos errores. Escriben y hablan de los reyes, de los héroes y de los hombres de estado, como si no obrasen más que por profundos principios de sana política; pero aquellos que ven de cerca y observan á los reyes, á los héroes y á los hombres de estado, descubren que se hallan sujetos á dolores de cabeza y á indigestiones; que tienen pasiones y humores precisamente como los demás hombres, y que cada accidente de éstos obra alternativamente en la determinación de su voluntad á despecho de su razón. Si sólo hubiésemos leído que Alejandro incendió la ciudad de Persépolis, indudablemente que se habría considerado esta acción como efecto de profunda política: se habría dicho que el héroe no pudo asegurar esta nueva conquista sin destruir una capital que podría haber sido el asiento perenne de las cábalas, de las conspiraciones y de las rebeldías; pero por fortuna sabemos al mismo tiempo, que este héroe, este semidios, este hijo y heredero de Júpiter Amón, se había embriagado hasta el exceso en compañía de su manceba, y que sólo por capricho destruyó una de las más hermosas capitales del mundo. Estudia pues á los hombres, no en los libros, sino en la naturaleza; analízalos tú mismo y no adoptes ningún sistema; observa sus debilidades, sus humores y sus pasiones, y sacarás por consecuencia que éstas se burlan por lo común de su razón. Entonces conocerás que se les gana, se les determina y se les conduce con mucha mayor frecuencia por medios ligeros que por grandes métodos; y consiguientemente cesarás de mirar como bagatelas aquellas cosas que tienden á tan grandes intentos.

Apliquemos ahora esto al objeto particular de la presente: perorar é influir en las asambleas públicas. La naturaleza de nuestra constitución hace que la elocuencia sea más necesaria en este país que en ningún otro de Europa. Para esto, como para

---

Mejor pudieron decir:  
Digno de que de él se rían.

(J. IRIARTE.) Tr.



cualquiera otra cosa, se requiere cierto grado de buen sentido y de conocimientos; pero además, un orador debe atender con el mayor cuidado á la pureza de su dicción, á la elegancia de su estilo, á la armonía de sus períodos y al encanto de su pronunciación, cosas que el auditorio comprende más fácilmente, si es que en verdad no son las únicas de que puede juzgar. El finado canceller Lord Cowper, orador afamado, no brilló de ninguna manera por la fuerza de sus raciocinios, porque muchas veces se le escaparon algunos muy débiles; mas era tal la pureza y elegancia de su estilo, tal la claridad y armonía de su elocución, y tal la gracia de sus gesticulaciones y ademanes, que jamás habló sin aplauso universal; los ojos y los oídos le ganaban los votos y los corazones del auditorio. El caso era inverso con el difunto Lord Townshend, el cual sólo pronunciaba discursos muy substanciales, llenos de fuerza y de erudición, pero nunca agradaba. ¿Por qué motivo? por el uso frecuente de vulgarismos y por los errores gramaticales en que incurría; sus cadencias eran falsas, el metal de su voz bronco y sus gesticulaciones desagradables. Nadie le escuchaba con paciencia, y los jóvenes se burlaban de él repitiendo sus inexactitudes. El difunto duque de Argyle, bien que razonador de lo más débil, era el orador más agradable del mundo: sus discursos encantaban los sentidos, encendían las pasiones y arrebatában los sufragios del auditorio; no ciertamente por la importancia de su materia, sino por la manera con que la narraba. Su figura era de lo más amable, su aire noble y gracioso, su voz armoniosa, su estilo elegante, su énfasis fuerte y enérgico, cosas todas que conspiraban en formar al orador más patético, más persuasivo y más digno de aplausos que en mi vida he visto. Yo me hallaba cautivado como los demás; pero cuando volvía á mi casa y consideraba friamente las arengas del orador, despojándolas de todos los atavíos con que las había revestido, encontraba á menudo que la materia era fútil y los argumentos débiles; y me convencía más y más del poder que tiene aquel conjunto de circunstancias accidentales que sólo la ignorancia de los hombres puede llamar insignificantes. Cicerón en su tratado *de Oratore*, con el fin de ensalzar la dignidad de esta profesión, reconocida por él mismo como la primera de todas, sostiene que un orador consumado debe ser científico, jurisconsulto, filósofo, teólogo etc. Muy bueno sería esto si fuese posible; mas la vida de un hombre es muy corta, y el mejor orador para mí será aquel que mejor hablare sobre el asunto que se ofrezca, y que, por la feliz elección

de sus palabras, la viveza de su imaginación, el encanto de su voz y las gracias naturales de sus ademanes, sabe embellecer su asunto y logra al mismo tiempo fijar la atención y despertar las pasiones del auditorio.

Luego que tuvieres la edad requerida entrarás en la cámara de los comunes, en donde debes brillar desde el principio, si es que tienes intención de distinguirte y hacer fortuna en tu patria. Nunca conseguirás esto si no hablas tu propia lengua con aquella corrección y elegancia que ahora parece desprecias; siendo este un artículo que aun estás por saber completamente; por fortuna todavía es tiempo de que lo aprendas, y lo conseguirás por medio del cuidado y de la observación; mas no te lisonjees de que todo el saber y el buen sentido del mundo podrán jamás hacer de ti un orador popular y aplaudido, sin los ornatos y las gracias del estilo, de la declamación y de la acción. La substancia y los razonamientos, aunque expresados groseramente, no dejarán de tener su peso en una conversación privada con dos ó tres personas de juicio sólido, pero en una asamblea pública no tendrán ninguno si se presentan solos y destituidos de las ventajas que llevo expresadas. El cardenal de Retz observa con mucha razón, que toda asamblea numerosa no es más de *pueblo*, dirigido por sus pasiones, sus humores y sus propensiones, cosas que sólo la elocuencia ha sabido y puede poner en movimiento. Estas observaciones son tan importantes para todo inglés, y aun más para ti, que no puedo menos de recomendarte encarecidamente que les concedas la mayor atención. Consulta bien todas las palabras y frases que usares, sea cual fuere el idioma que escribieres ó hablares, y acostúmbrate á la corrección y elegancia. Vigila tu estilo aun en las conversaciones más libres y las cartas más familiares. Después de haber dicho algo, ó antes si es posible, reflexiona si no podías haberlo dicho mejor; y cuando te ocurrieren dudas sobre la propiedad ó elegancia de alguna palabra ó frase, consulta los mejores autores antiguos ó modernos. Acostúmbrate á verter al inglés de varios idiomas, y corrige las traducciones hasta que tu entendimiento y tus oídos quedaren satisfechos (a). Con-

(a) Hâtez-vous lentement, et sans perdre courage.  
Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage;  
Polissez-le sans cesse, et le repolissez;  
Ajoutez quelquefois, et souvent effacez.

(BOILEAU.)



véncete de esta verdad : que el juicio más sano y la razón más recta privados de estos ornatos, serán tan mal recibidos en las asambleas públicas como en la sociedad sin el socorro de las maneras y de la buena crianza. Si quieres ser grato al público debes agradarlo á su modo ; y como no está en tu mano formarlo á tu gusto, debes tomarlo tal cual es (a). Lo repito aún, no se gana al pueblo sino con el recreo y la lisonja de sus sentidos y pasiones. Rabelais comenzó por escribir un libro excelente que no gustó á sus contemporáneos, y esto lo determinó á conformarse con el gusto del público escribiendo después *Gargantúa* y *Pantagruel*, cuya obra, á pesar de su extravagancia, agradó á todo el mundo. Á Dios.

LONDRES, 9 de Diciembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Hará más de cuarenta años que no he pronunciado ó escrito una sola palabra, sin considerar un momento por lo menos, si era buena ó mala, ó si podría emplear otra mejor. El resultado es que un período áspero y disonante choca hoy á mis oídos ; y á semejanza de los demás hombres, haría con gusto el sacrificio de un poco de buen sentido en cambio de una buena dosis de armonioso sonido. Te confesaré franca y sinceramente, sin mezcla de vanidad ó falsa modestia, que la reputación que pueda yo haber

(a) Lope de Vega, en respuesta á los que lo motejaban porque en algunas de sus producciones se había apartado de las reglas de la composición dramática, dijo :

Y escribo por el arte que inventaron  
Los que el vulgar aplauso pretendieron ;  
Porque como las paga el vulgo, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.

Y en su Égloga á Claudio :

Del vulgo vil solicité la risa  
Siempre ocupado en fábulas de amores,  
Así grandes pintores  
Manchan la tabla aprisa :  
Que quien el buen juicio deja á parte,  
Paga el estudio como entiende el arte.

Tr.

adquirido como orador, la debo al constante cuidado de mi dicción más que á los argumentos de que me he valido, los cuales eran los mismos que habrían empleado otras personas. Cuando llegares á ser miembro del parlamento, tu reputación como orador dependerá mucho más de tus palabras y de tus períodos, que del asunto que trates. La materia es casi la misma para todo hombre de buen sentido ; mas lo que excita la atención y admiración del auditorio es lo bien aderezado de ella.

Mi particular empeño es que brilles en el parlamento ; allí es donde deseo que puedas justamente gloriarte y yo enorgullecarme de ti. Por esto comprenderás que allí debes ser un buen orador ; y empleo la palabra *debes*, porque el lograrlo no depende más que de ti. El vulgo, que siempre toma una cosa por otra, fija los ojos en un orador con el mismo asombro y admiración que en un cometa, y contempla ambas cosas como fenómenos extraordinarios. Este error desanima á algunos jóvenes y les disuade de aspirar á esta profesión ; mas los buenos oradores miran con gusto que su talento sea considerado como cosa extraordinaria, por no decir como un don particular concedido por el cielo á los predestinados ; mas permite que tú y yo analicemos y simplifiquemos á este buen orador ; despojémosle de aquellas plumas con que lo ha ataviado su propio orgullo y la ignorancia de los demás, y encontraremos que su verdadera definición no es más de ésta : un hombre de buen sentido que raciocina con exactitud y se expresa con elegancia sobre el asunto que habla. En esto no hay ciertamente sortilegio alguno. Un hombre sensato no tiene necesidad de poseer en grado eminente los dones del entendimiento, para no ponerse á decir disparates sobre cualquiera asunto ; y con sólo que tenga el menor gusto ó aplicación, tampoco hablará sin elegancia. ¿ Á qué pues, viene á reducirse todo este poderoso y mágico arte de hablar en el parlamento ? á esto únicamente : que el hombre que habla en la cámara de los comunes, discute delante de cuatrocientas personas, aquella opinión sobre un asunto dado, que no tendría dificultad de discutir sobre una mesa, en una casa particular, á presencia de doce conocidos, que serían acaso mejores jueces y más severos críticos de su discurso, que otros tantos miembros de la cámara de los comunes.

Yo he hablado á menudo en el parlamento, y no siempre sin algún aplauso ; por lo tanto, puedo asegurarte por experiencia propia, que este talento se reduce á muy poca cosa. Lo que causa



más impresión sobre los oyentes es la elegancia del estilo y la coordinación de los períodos. Preséntales en un discurso uno ó dos períodos bien llenos y armoniosos, fáciles de retener y repetir, y volverán á sus casas tan satisfechos como los que salen de la ópera, entonando en su marcha las arias favoritas que han gustado á sus oídos y que son fáciles de retener. Todo el mundo tiene orejas, pero muy pocos tienen juicio; haz cosquillas en estas orejas y cuenta por seguro que te harás dueño del juicio, sea el que fuere.

Cicerón, convencido de que había llegado al apogeo de su profesión (porque en aquel tiempo la elocuencia era una profesión), y queriendo honrarse á sí mismo, define al orador en su tratado *de Oratore*, diciendo que es un hombre tal, que no ha existido ni existirá jamás; y á tan falaz argumento agrega, que este hombre debe saber todas las artes y todas las ciencias posibles, porque de otro modo ¿cómo podría hablar de ellas? mas con el debido respeto á tan grande autoridad, mi definición de un orador es en extremo diferente de la suya, y á mi parecer mucho más cierta. Yo llamo orador al hombre que razona con exactitud y se expresa con elegancia sobre las materias que trata. Los problemas de geometría, las ecuaciones del álgebra, las operaciones de la química y los experimentos de la anatomía, no sé yo que hayan sido nunca objetos de la elocuencia; y por lo mismo concibo humildemente que un hombre puede ser un orador excelente, aunque no sepa nada de geometría, álgebra, química ó anatomía. Los asuntos que se ventilan en el parlamento ó congresos, son asuntos que pertenecen al más simple sentido común.

Ya ves que te escribo cuanto me ocurre, capaz en mi opinión de contribuir á que te formes é instruyas. ¡Ojalá que mis afanes no sean estériles! Nunca lo serían si sólo te interesases la mitad de lo que yo me intereso en materias que tanto te conciernen. Á Dios (a).

(a) 4 de Diciembre. El autor á la marquesa de Monconseil :

..... Los Señores de Nevers y de Nivernais no se desmienten entre sí; no puede darse nada de más obsequioso que la carta del último al primero que habéis tenido la bondad de enviarme. Os suplico que os esforcéis para decir á ambos de mi parte todo lo que yo debería decirles esta ocasión, y que vos expresaréis mucho mejor que yo.

En la carta que me he tomado la libertad de enviar al Señor de Nivernais, he dado al muchacho el nombre de sobrino imitando á los papas, título que no degrada en Roma : si después de esto descubre la

LONDRES, 12 de Diciembre de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Lord Clarendon, en su historia, al hablar de M. Hampden, dice que tenía *una cabeza capaz de concebir toda clase de maldades; una lengua adecuada para persuadirlas; y una mano á propósito para ejecutarlas*. No examinaré ahora si es ó no exacta esta definición del carácter de M. Hampden, á cuya animosa resistencia contra el ilegal impuesto sobre buques, somos deudores de nuestras presentes libertades : y si he mencionado este pasaje, es porque con sólo poner la palabra *buenas acciones*, en lugar de *maldades*, resulta un modelo que con el mayor empeño debes imitar y sobre el cual desearía yo verte formado. El cielo debe haberte dado, hasta cierto punto, *una cabeza capaz de concebir*; mas en tu mano está mejorarla grandemente por medio del estudio, del cuidado y de la reflexión. De ti sólo depende llegar á poseer *una lengua para persuadir*, sin la cual la mejor cabeza no retirará gran provecho de sus concepciones; y en cuanto á *una mano para ejecutar*, opino también, que en mucha parte no depende más que de ti. Las reflexiones serias sostienen el valor en una buena causa; y el valor que nace de la reflexión, es muy superior al valor maquinal de un simple soldado. El primero es firme y estable en donde el *nodus* es *dignus vindice*; el último se ejercita rara vez con propiedad y es siempre brutal.

La segunda cláusula de mi texto (para hablar en estilo clerical), será el asunto de mi siguiente plática; quiero decir, *una lengua persuasiva*; é imitaré á los predicadores juiciosos que recomiendan aquellas virtudes que juzgan ser más necesarias á sus oyentes; como la verdad y la continencia en la corte, el desinterés en la ciudad y la templanza en el campo.

Sin duda que en medio de tu corta experiencia has palpado ya los diferentes efectos que produce la elegancia ó inelegancia en el discurso. ¿No es cierto que tu alma sufre, cuando alguno te dirige la palabra con acento balbuciente como un tartamudo, que usa frases impropias llenas de solecismos y barbarismos,

superchería, me lisonjeo de que no se ofenderá. Es menester, como justamente observáis no chocar con las preocupaciones establecidas, etc.